

BLOC DE NOTAS

Radiografía de un tiempo feroz

Abel Quentin blande el humor como un cuchillo y alza la voz para denunciar, en «El visionario», la sociedad del insulto y de la llamada cultura de la cancelación

Luis M. Alonso

El 13 de diciembre de 1948, **Albert Camus** se levanta en una sala Pleyel llena de público joven para proclamar que el diálogo ha sido reemplazado por el insulto y la polémica. Sostiene que el mecanismo de la controversia permanente consiste en considerar al adversario como enemigo: en simplificarlo y negarse a verlo. «Cuando insulto a alguien, no conozco ya el color de su mirada, ni si sonríe de vez en cuando, ni de qué manera. Cegados casi por completo por obra y gracia de la polémica, ya no vivimos entre hombres sino en un mundo de siluetas». Concluye **Abel Quentin**, escritor y abogado penalista, que Camus está muy solo cuando habla así en esos tiempos de anatemas y excomuniones, y que trata de hacer entender a los jóvenes de la sala parisina que el matiz no es avencencia ni regateo, sino la valentía suprema. Sus palabras, pronunciadas entre las turbulencias del siglo XX, recobran un valor especial en el XXI, justo en otro momento de violencia ideológica en el que la descalificación cuenta con los potentes amplificadores de las redes sociales y en el que se ha instalado como modelo la cancelación para depurar a todos los que son tomados por herejes. Es la distopía a la que conducen las rabiosas políticas identitarias y el comunitarismo, envueltas en el celofán de la llamada cultura *woke*.

«El visionario», la novela de Quentin (Lyon, 1985), acaparadora de premios en Francia, y finalista de los Goncourt, Renaudot y Femina, reconcilia con el poder restaurador de la ficción. En ella narra el descenso a los infiernos de un tal Jean Roscoff, académico de izquierdas, divorciado y alcohólico, que en los años 80 hizo campaña a favor de SOS Racismo. Recién jubilado, intenta encontrar un nuevo aliento escribiendo un libro de homenaje a un desconocido poeta americano, Robert Willow, amigo imaginario de los existencialistas que acaba sus días atrincherado en Étampes, un municipio a poco más de una hora de distancia de París. De hecho, el título de la novela en francés es «Le Voyant d'Étampes».

La caída de Roscoff comienza cuando alguien le reprocha que ha olvidado mencionar en su obra que Willow es afroamericano. Él replica que ser negro no lo estructuró como individuo y que por ello ha eludido el mandato sartriano de hablar de su negritud. A partir de ese momento, vive atrapado entre los halagadores recuerdos progresistas de los 80 y los ataques retóricos de los jóvenes airados, seguros de sí mismos, que lo ven como un antagonista fósil. Inmediatamente es acusado de fascista. Perplejo y angustiado, inicialmente elige no defenderse mientras obtiene dudosos apoyos de la derecha nacional. Quentin, dueño de una escritura elegante y con muy buen ritmo narrativo, evoca por momentos a **Houellebecq**, aunque sin la pesada carga melancólica del autor de «Aniquilación». Sabe captar perfectamente el contenido de los comentarios más zafios en las batallas polémicas de las redes y describe un cuadro justo y detallado de la evolución de las ideas consideradas progresistas desde 1968. Su edad no le convierte en un testigo de primera mano de los fenómenos relatados por Roscoff, pero la novela no está ausente de ternura hacia los que entonces querían cambiar el mundo o los que incluso aspiran a hacerlo. Señala los excesos del debate público y lanza una mirada corrosiva sobre la imposible tarea de mejorar la sociedad valiéndose de los abusivos e inquisitoriales impulsos colectivos.

El humor está presente a lo largo de las páginas de «El visionario» y en ocasiones se llega a blandir como un cuchillo. No se esquivo jamás la comicidad. La historia de los fracasos, pifias y desventuras del antihéroe resulta en líneas generales divertida, como si se quisiera incorporar una válvula de escape a la acerada y amarga radiografía de nuestro tiempo que Abel Quentin ofrece a los lectores. Roscoff es el viejo romántico y entrañable que todavía cree en un humanismo desaparecido, a la vez que no entiende nada de lo que está sucediendo. El choque generacional existe y nada escapa a la afilada pluma de Quentin, que se burla de las aberraciones identitarias contemporáneas a partir de la deconstrucción metódica de los estereotipos de género y raza, como en el reinado indiscutido de **Sartre** en la década de 1950; ataca al feminismo intransigente; a la universidad, en plena decadencia, atenazada por las minorías activas; y ridiculiza el nuevo lenguaje de los jóvenes y sus códigos disruptivos. También bromea sobre la actitud complaciente en la renovada familia de izquierdas, lejos del ideal de igualdad y fraternidad de su juventud. Sus ataques revelan libertad de espíritu en medio de una tormenta de mierda. Estupenda novela.



El visionario
Abel Quentin
Traducción
de Regina López
Muñoz
Libros del Asteroide, 376 páginas,
22,95 euros

Cultura.

Miradores del tiempo

José Donoso invita a los lectores a volver a las novelas de **Jane Austen**

Gonzalo Torné

Si los libros tempranos de un autor son un campo de minas y las tesis doctorales corren el riesgo de ser pesadas como ladrillos, un ensayo que combine ambos extremos peligrosos debería considerarse zona de riesgo para el lector. Ninguna de estas amenazas se cumple y lo que encontramos en «Jane Austen y la elegancia del pensamiento», de **José Donoso**, es amabilidad, erudición elegante y una invitación irresistible a volver a las novelas de una autora de la que nunca terminamos de irnos.

La historia de esta recuperación va como sigue. A sus 26 años, el joven Donoso (con el paso de los años, el premiado autor de «El obscuro pájaro de la noche» o de «Historia personal del boom») entrega en Princeton su trabajo de titulación, un breve y sustancioso ensayo sobre los personajes de Jane Austen. Publicado ahora con un esclarecedor prólogo de **Cecilia García Huidobro** y un servicial equipaje de notas, el atractivo de este ensayo es doble: por un lado, el gusto de participar en un paseo civilizado y estimulante por las obras de Austen, acompañados por la voz de un crítico joven y perspicaz; por otro, curiosarse en el taller de intereses de un escritor en ciernes. La crítica literaria de un joven novelista siempre tiene algo de autobiografía y mucho de profecía.

El espacio de confluencia de esta doble dimensión son los personajes femeninos de Austen. Donoso paga el tributo a la academia con una simpática y solvente introducción al desarrollo histórico del romanticismo, el gusto y la sentimentalidad, y enseguida pasa al análisis de los temperamentos de las principales protagonistas de Austen. Desfilan por estas páginas Elizabeth Bennet, Emma Woodhouse, Anne Elliot y Fanny Price, entre otras figuras inolvidables.

El lector descubrirá muchas ideas sugestivas en los rincones felices de este ensayo, pero me gustaría aprovechar para señalar la constancia con la que Donoso desbarata dos tópicos. El primero es la acusación de que Austen siempre escribía sobre el mismo personaje, vertida sin ir más lejos por **Vladimir Nabokov** (quien no destacaba precisamente por su variada paleta de caracteres) y que queda desactivada no solo por el clásico contraste entre personajes de sentido y personajes de sensibilidad, sino por las diferencias entre Elizabeth y Emma (sus figuras centrales) y entre estas dos damas y la última creación de Austen: la formidable Anne Elliot.

El segundo tópico desbaratado es la supuesta idea de que en Austen todo es intuición y, por si fuera poco, intuición femenina. Donoso no discute sus talentos naturales (su velocidad para trazar un carácter y el pulso firme para armar un escenario donde pueda lucirse), pero expone de manera inequívoca la delicada construcción que hay detrás de cada una de sus heroínas. Una gratificación adicional: después de leer a José Donoso es casi imposible no volver a sumergirse en las novelas de Austen. ¿Y dónde mejor vamos a estar?



Jane Austen y la elegancia del pensamiento
José Donoso
Lastarria y De Mora
104 páginas
19 euros